¿Qué queria? ¿Qué esperaba? ¿Acaso por el hecho de haberle encontrado en un camino pensaba llegar á imponerse en su pensamiento? ¿Pretenderia forzarla á estarle agradecida por medio de su ofensiva generosidad?

Y al propio tiempo otra voz dulcísima, la de la razon, contestaba: ¿De qué te quejas? ¿De que ejerció la caridad valiéndose de tí para ocultarla? Pudo permanecer en la iglesia, esperarte, y al pasar junto á él darte francamente la limosna. Pero temió tu disgusto, temió afrontar tu mirada. Su timidez es hija de su respeto. ¿Merece que le recrimines?

Y precisamente esto era lo que la molestaba. A su pesar, se establecia cierta especie de comunidad entre un acto suyo y el del hijo del enemigo de su padre. Ocupaba un lugar en su pensamiento; al verla, podria sonreir como si entre los dos existiera una secreta relacion. Hubiera querido nombrarle, decir en voz alta que él fué quien tuvo la osadía de registrar su reclinatorio, dejando aquel dinero, despreciable sólo por ser suyo. Pero no se atrevió á tanto delante del cura y de su hermana. Le parecia que era humillante para la casa de Clairefont, y mortificada, herida, permaneció silenciosa.

—Puesto que ya rendimos cuentas,—dijo la tia Isabel,—vámonos. Hace un buen rato que el baron nos espera, haciendo centinela en el atrio. Hasta la vista, señor cura. Buenos dias, señorita Bihorel.

Ésta, que tenia ya más de cincuenta años, hizo una reverencia de beata, y acompañó á las dos señoras hasta la puerta de la sacristía. Apenas estuvieron solas en la iglesia, la señorita de Saint-Meurice, mirando á su sobrina con los ojos centelleantes de curiosidad, dijo:

—Me figuro que por el retrato que hizo de él, habrás reconocido en el caritativo incógnito al ilustre hijo de Carvajan.

—¡Tia!...—murmuró la joven con fastidio.

—¿Y qué tiene de particular?... Lleno de remordimientos por las canalladas de su padre, quiso restituir, valiéndose de tí, un poco del dinero que aquel robó. Esto es muy moral y muy galante, y hasta conveniente... Ya verás cómo nos encontramos con un aliado en casa del mónstruo.

—¡Por Dios! No eches á broma un asunto tan serio—dijo la señorita de Clairefont con voz angustiada, casi llorando.

—¿Lloras?—exclamó la vieja con asombro.—Francamente, no lo entiendo.

—Es que esto me humilla y me hiere... Es que no puedo admitir que un extraño se ingiera por fuerza en mi vida íntima... Me es odioso, no le conozco, y no quiero saber de él más que los antecedentes de su padre para aborrecerle, ya que no para despreciarle. Además, ¿quién me dice que no fué por insultarnos por lo que procedió así? ¿No encierra esto un cruel sarcasmo? ¿No sabe perfectamente que somos pobres hasta el punto de no poder dar limosnas? Y, sabiéndolo, ¿no ha querido hacernos comprender que sin un Carvajan quedaria vacía la mano de los pobres que imploran nuestra ayuda?

—¡Vaya por el amor propio! En honor de la verdad, el asunto no merece la pena; pero con tu manera de mirarle, resulta que por cien francos un *quidam* ha encontrado el medio de que nos ocupemos de él. Bien le deben sonar los oidos. Si fué esto lo que se propuso, se salió con la suya... Pero antes de dejar á un lado semejante personaje, voy á decirte una cosa: que no

me parece tan malo como tú te lo figuras. En otro tiempo dicen que no andaba muy de acuerdo con su padre; y aunque es verdad que ha vuelto á su casa, no es una razon para suponerles en conformidad completa con él. Yo me alegraría verlos devorarse el uno al otro... y si no desmiente la sangre de la familia, tendria que ver la lucha entre un Carvajan contra otro Carvajan. A bribon, bribon y medio.

—No llegará ese caso—dijo Antonieta con desden y amargura al propio tiempo.—En el instante preciso, verás cómo se ponen de acuerdo para hundirnos... Y Si quieres, dejaremos esta conversacion, para no ocuparnos más de lo ocurrido.

Salian de la iglesia, y el baron de Croix-Mesnil, que estaba muy entretenido descifrando el epitafio de una sepultura antigua junto á la puerta, se les reunió sonriendo. Era un jóven de treinta años, con ojos negros y bigote rubio, de maneras distinguidas y agradable trato. Durante la guerra se acreditó de valiente á las órdenes del general Charrette. Se le citaba como tipo de hombre de carácter dulce, de esos que van al peligro sin entusiasmo y se juegan la vida con perfecta tranquilidad. Llevaba pantalon azul y una americana á cuadritos blancos y negros. Traia un baston en la mano, y en la cabeza un sombrero de fieltro gris.

—Evoqué todos mis recuerdos sobre las lenguas clásicas para descifrar esta inscripcion latina, y si no me engaño, se trata de un Clairefont, que dispuso que se le enterrara aquí para que pisaran su tumba todos los fieles al entrar y salir en el templo... *Calcabunt fidelium pedes.*

—Perfectamente—dijo la señorita de Saint-Meurice,—en efecto: el que aquí yace es Foulque de Clairefont, abad de Juniege. Si puede entretenerle á usted

dígale á mi hermano que le cuente su historia. Comenzó por ser mosquetero, fué un gran calavera, despues modelo de piedad, y acabó como un santo. Es la gloria religiosa de la familia. Su retrato está en el oratorio...

—Mira papá y Roberto que vienen á buscarnos,—interrumpió Antonieta.

El marqués, andando lentamente, adelantaba, apoyado en el brazo de su hijo, por la alameda de tilos, que terminaba en la verja del castillo. Roberto, abandonando por un dia el traje de caza, que usaba de ordinario, traia uno de paño azul, que hacia resaltar su figura atlética, pero elegante. Hablaba alegre con el anciano, y con la mano izquierda sujetaba por el collar al lebrel de Antonieta. Al ver á su hermana, dejó al perro, que partió como un rayo, y al llegar junto á la jóven comenzó á saltar, manifestando así su alegría.

—¿Por qué le ataste? ¡Pobre animal!—dijo la niña cuando estuvieron al alcance de su voz el marqués y Roberto.

—Porque ya habia tomado el camino de la iglesia, y me figuro que la misa no se dice para los perros.

—¡Ah! Es verdad—dijo Antonieta sonriendo.—Cuando Mr. de Croix-Mesnil está con nosotros, Fox no quiere abandonarme.

—Tendrá celos,—exclamó Roberto con acento festivo.

—Pues no tiene razon—replicó con dulzura el militar.—En honor de la verdad, entre mi rival y yo él es el preferido...

—Todo se arreglará, amigo de Croix-Mesnil,—interrumpió el marqués;—volvamos al castillo, y despues de almorzar le enseñaré á Vd. el horno. Es un prodi-

gio: cuando se ha inventado un aparato semejante, tan sencillo y tan útil, no debe dudarse de nada... El Gran Margal recobrará bien pronto su actividad, y esta vez, con los adelantos que pienso introducir para la fabricacion de la cal, nos vamos á hacer de oro. Ya lo verán Vds.

Y frotándose alegremente las manes, se volvió hácia el castillo.

Antonieta y su tía cambiaron una mirada. El corazon de la jóven se oprimió al ver la confianza con qus su padre hablaba de riquezas la víspera de un embargo, que era su ruina.

Esclavo de su imaginacion, el pobre viejo se divertia con un juguete cuando la desgracia, por tantos años amenazadora iba á resolverse por una catástrofe. ¡Cuán dolorosa seria para él una caida que no esperaba! ¿Qué hacer para arrancarle aquellas ilusiones, y aminorar la violencia del golpe cruel? ¿Cómo curarle para siempre, quitándole de la cabeza su locura y obligándole á renunciar á sus ensueños, que eran el único elemento en que fundaba su felicidad?

—Será menester, hijos míos, asociarnos á la fiesta—dijo el señor de Clairefont.—Dejaremos pasar lo fuerte del calor, y despues de comer vendremos dando un paseo.

Antonieta palideció.

—¿Crees que chocaria nuestra ausencia, papá?—le preguntó con embarazo.—Porque tales reuniones carecen de interés para nosotros. ¿Qué vamos á hacer en el baile?

—Es preciso conformarse con las costumbres y no tenemos derecho á no respetar las tradiciones.

—Sin duda; pero será muy molesto para tí andar por medio del barullo...—insistió Antonieta, que temblaba tan sólo al pensar que una palabra indiscreta podia revelar la verdad á su padre.

—¡Oh! No, hija mia; yo no pienso salir de Clairefont. Eso queda para vosotros, que sois jóvenes.

—Bueno,—dijo la jóven con viveza.—Nosotros te representaremos. Y así estarás tú tranquilo, y á nadie le extrañará...

—Muy bien, *señorita prudencia*—exlamó Honorato sonriendo.—Me alegro que apruebes mi p an. Yo aprovecharé vuestra ausencia para hacer un análisis químico que hace mucho tiempo voy retardando por temor á vuestra crítica.

—A ver si te sucede lo que la otra vez, que se ennegrecieron todos los cuadros de la galería con los vapores que salian del laboratorio, y quedó la casa apestando por espacio de más de quince dias.

—Es verdad—repuso el anciano humildemente.—Distraido, olvidé abrir las ventanas, y algunos dorados se echaron á perder. Pero esta vez pondré más cuidado...

Aquí llegaban de la conversacion, cuando penetraron en el patio de honor. El viejo Bernardo toco ceremoniosamente la campana para auunciar el almuerzo y acercándose á su amo, dijo con respeto:

—Cuando el señor marqués guste: está servido...

—Dame el brazo, Antonieta.

Y apoyado en el de su hija, como si lo acostumbrase, con una dejadez que tenia mucho de mimosería, el anciano se dirigió hacia el comedor.

En aquel mismo instante Carvajan y su hijo, sentados uno enfrente de otro, sin cruzar palabra, lucubraban gravísimas resoluciones. El primero se proponia estrechar los lazos que le unian con el segundo, para retenerle junto á sí; éste estaba resuelto á desen-

tenderse de los proyectos de su padre y buscar el olvido en la ausencia.

La fiesta, interrumpida á la hora de comer, daba treguas al bullicio. Un sol abrumador abrasaba la atmósfera, y entre los árboles de las alamedas, los pájaros, medio asfixiados, buscaban alivio entre las verdes hojas, con los picos entreabiertos y mudas las arpadas lenguas. A la mitad de la cuesta de Clairefont, escuchábanse, con regulares intervalos, alegres gritos y francas risas. Unos y otras procedian del café taberna de Pourtois, donde todos los años el gremio de carpinteros, almorzaba en corporacion, á expensas de Tondeur.

A los postres, que se prolongaban hasta bien entrada la tarde, acostumbraban cantar, entre brindis y chanzonetas, entre nubes del humo de sus pipas y con formidable estrépito, á impulso de los vapores del alcohol.

De pronto reinaba un profundo silencio; la voz del solista se percibia distinta, hasta que el coro de los comensales atronaba los ámbitos del comedor, extendiéndose por el valle, bien alegre si la cancion era picaresca, bien melancólico si era uno de estos cantares naturalmente sentimentales que caracterizan á los naturales de Normandía.

Cerca de la ventana de un saloncito del castillo, Antonieta bordaba, prestando atento oido á los lejanos ecos del ruidoso banquete. Velaba el sueño de su padre, que dormia la siesta sobre un sofá. En la terraza, Roberto y Croix-Mesnil paseaban hablando, mientras la señorita de Saint Meurice, armada de largas tijeras, cercenaba las rosas mustias de las macetas que embellecian aquel lugar.

De pronto el hermano de Antonieta se detuvo, y

mirando á su interlocutor con aire resuelto, exclamó:

—En su lugar de Vd., yo le hablaría francamente. Para mi carácter, nada es más fastidioso que las situaciones equívocas. Todo depende de ella. Vd. sabe cuánto nos queremos los individuos de la familia. Si nuestro consentimiento hubiera bastado, hace mucho tiempo que sería Vd. el marido de Antonieta. Pero ella es árbitra de su suerte; nosotros incapaces de forzarla, y no ignora Vd. que, aunque buena como un ángel, es testaruda como un diablo.

Esto sucedió enfrente à la ventana, junto á la cual estaba la jóven. Creyendo no ser observada, dejaba ver su rostro, y éste expresaba profundísima tristeza. Una melancólica sonrisa dilataba sus labios; pestañeó para retener una lágrima, y la labor se le escapó de entre los dedos dando en tierra, sin que hiciera nada por evitarlo... Fox, tendido á sus pies, como si comprendiera la agitacion que atormentaba á su ama, se levantó, colocó el puntiagudo hocico sobre las rodillas de aquélla, y la miró con ojos que tenian algo de humano. Ella á su vez fijó la vista en el perro, le estrechó la cabeza entre sus blancas manecitas, y, sin poder contenerse, rompió á llorar. Entonces el noble animal puso las patas sobre el regazo de Antonieta, centelleó su mirada, y lanzó un sordo gemido. El marqués se removió en el canapé, próximo á despertar.

—Cállate, Fox—murmuró la niña, señalándole al viejo.—Déjale dormir... Mientras está tranquilo...

—¡Llora! ¡Mire Vd., Roberto!—exclamó con emocion Croix-Mesnil.—¿Qué significa esto? Fuerza es que yo lo sepa, aunque interrogándola incurra en su desagrado.

Y así diciendo, se acercó á la ventana, cuyo alfeizar quedaba un poco más alto que su cabeza, y se disponia á hablar, cuando Antonieta, poniéndose un de-

do delante de los lábios, le impuso silencio. Entonces él le hizo seña para que saliese al parque; ella obedeció, levantándose silenciosa, y ligera como una sílfide, dirigió una última mirada al anciano dormido, que sonreia, soñando algo muy hermoso sin duda, y abandonó la estancia. El sol iba declinando, y á la sombra de las seculares hayas, el ambiente era tibio y perfumado.

Las cigarras chirriaban sin reposo; las flores volvian hácia Occidente sus cálices ávidos de la frescura del rocio, y por tácito acuerdo, los dos jóvenes fueron á sentarse sobre un banco de piedra aún impregnado del calor del mediodía. Antonieta comprendió que no le era posible esquivar las preguntas de su prometido, retardadas por su conducta hasta entonces. Fijó en él los ojos aún humedos, le vió lleno de turbacion, inquieto y suspirando, y le tendió la mano. El se la estrechó con ternura, y exclamó:

—¿Me la das para siempre?

Antonieta movió tristemente la cabeza.

—Es preciso que fijemos nuestra situacion. Hace algun tiempo eres otra para mí. Te encuentro desanimada, fria... Yo no soy expansivo, pero cree que no por esto he sufrido menos al ver tu despego. No soy como ciertas personas, que saben expresar sus sentimientos con calor. Esto me hace pasar por indiferente, cuando mis afectos son tan grandes como los suyos, aunque los comprima mi carácter. Antonieta, créeme; no soy yo de los que fácilmente...

El jóven se detuvo un momento; su rostro revelaba profundo pesar; lanzó un suspiro, y prosiguió con voz temblorosa:

—Cuando tú y tu padre me hicísteis abrigar la esperanza de que serias mi esposa, fuí muy feliz... Te

amaba, y al verte junto á ese pobre anciano, á quien quieres tanto, medía la inmensa ternura que encierra tu bondadoso corazon; y pensaba que quien sea tu marido será digno de envidia... Cuando aplazaste nuestra boda, tuve un pesar muy hondo, pero acaté tu voluntad; creí probarte con mi paciencia y mi fidelidad el sincero amor que te profeso. Hoy me arrepiento de haber procedido así; acaso con ardientes recriminaciones hubiera logrado que cedieses; no quiero violentarte, áun á riesgo de parecerte indiferente, y tengo el amargo pesar de ver que, lejos de agradecérmelo, se han borrado, se han desvanecido las buenas disposiciones que te impulsaban hácia mí...

—No, no lo creas—dijo Antonieta con energia.—No me acuses de ingratitud; á mi vez tampoco te acuso de indiferencia... Las circunstancias fatales fueron las únicas causantes de todo.

Se detuvo un momento, como si dudara; pero de súbito tomó su resolucion, y prosiguió con voz ahogada:

—En un solo dia cambió mi suerte tan radicalmente, que hubiera sido gran falta de delicadeza por mi parte consentir en nuestro matrimonio. Decirte la verdad, fuera lo mismo que colocarte en la cruel alternativa de casarte conmigo aunque te repugnara, ó retirarte de una manera indecorosa. Los dos hemos representado el mismo papel con igual abnegacion y la misma dignidad, bien mal pagadas por cierto una y otra, pues que tú sufres, y yo no puedo consolarte.

—¿Pero qué sucedió que era imposible remediarlo con nuestros buenos deseos?—exclamó el jóven con angustia.—¡Ah! ¡Si la causa única fuera que no me querias, no hubieses tenido que pensarlo tanto!...

—Te quiero profundamente, de un modo inalterable; pero...

—¿Como una hermana, verdad?... No era esto lo que esperaba de tí.

—Te amaba de manera que al darte mi mano lo hacia sin repugnancia, con alegría.

—Pero no era ésta tan grande, que te impidiera sacrificarme ante un obstáculo probablemente ilusorio.

—No, no es eso; un afecto anterior, mucho más grande, se interpuso entre los dos...

—Tan grande era, que rayaba en exceso, y sacrificó mi porvenir.

—El amor de un hijo para su padre nunca puede ser excesivo—repuso la jóven con energía.—¿Pero por qué tanta insistencia? ¿Nada has visto, nada de lo que aquí sucede te chocó? ¿No descubristes en nuestras costumbres la ruina que nos amenaza hace dos años, y que muy en breve nos reducirá á la miseria? La triste comedia que representamos para evitar á mi padre una pesadumbre que nos viene encima sin remedio, ¿se escapó á tu perspicacia? A fuerza de sacrificios, hemos podido hacer frente á nuestras necesidades hasta hoy; pero ya no es posible resistir más; ni los últimos restos de nuestra riqueza nos pertenecerán en breve. Mañana embargarán, si quieren, esta casa y ese bosque... y sí querrán, porque nuestro enemigo es implacable. Mi padre aún no sabe nada de esto; sería inútil hacerle ver el resultado de sus desgraciadas empresas, puesto que su pesadumbre no evitaría tantos males. Es un niño mimado con exceso, á quien mataría la decepcion si nosotros no cuidásemos de envolverlo en una atmósfera de ficticio bienestar. Todo lo sabes ya. ¿Reconoces que fuí justa no consintiendo que compartieras mi desdicha?

—Compartirla hubiera sido mi ventura, y lo será. ¿Eres pobre? Mejor. Yo soy rico para los dos. Amaré á tu padre tanto como tú. Tendrá un hijo que le atienda y le sirva. Con mi fortuna reconstruiremos la suya, y...

—Nunca,—dijo Antonieta.—He aquí lo que yo temia. Convencido de la excelencia de su descubrimiento, nada le arredra, y todo lo sacrificaria ante la esperanza de un quimérico porvenir. Hace veinte años que se desarrolla este drama: mi padre ha enterrado oro y más oro, sin obtener en cambio más que cenizas... ¡Unirte á nuestra suerte! Siempre me lo censuraria. Tenemos el derecho de hacernos el mal que queramos; pero envolver á un extraño en nuestros errores, sería criminal.

—Rechazándome, padezco mucho más que sucediendo lo que dices: bien lo sabes. Pero si yo te importo poco, piensa al menos en tu propio interés.

Antonieta quedó pensativa. Reflexionó un momento sobre la grave determinacion que debia tomar, que decidiria la suerte de toda su vida. Por una parte, el celibato le ofrecia una existencia monótona, ajena al sentimiento, y esto le repugnaba; por otra, el matrimonio representaba el porvenir tranquilo. No dudó mucho; alzó la cabeza, y serena, casi alegre, exclamó:

—¡Mi interés!... ¡Me quedaré soltera..., y Dios me ayudará!...

Y al ver que el jóven iba á insistir, prosiguió:

—Te ruego que respetes mi resolucion. Sé generoso; no aumentes mis penas descubriéndome las tuyas; yo guardaré de tí un dulce recuerdo que nunca me abandonará... pero tú procura olvidarme. Te devuelvo tu palabra. Mañana mismo vete á ver á tu p

dre, cuéntale lo ocurrido, y verás como aprueba mi conducta y te aconseja lo mismo que yo.

—No puedo prometértelo. No me exijas lo que no he de hacer. ¿Por ventura, pensaste que consentiria en alejarme para no verte más?

—No, no era ese mi propósito. Muy por el contrario, siempre pensé ser tu amiga más leal, ya que no pueda ser tu esposa.

—En cuerpo y alma te pertenezco. Con toda el alma admiro tu franqueza y tu lealtad. Pero tomemos una resolucion definitiva. Esperemos los dos. ¿Quién sabe si el tiempo cambiará las circunstancias y tu manera de pensar? No repitas las palabras *nunca;* dí *actualmente.* Déjame la esperanza para que me consuele. Me aferraré á ella, y así podré soportar tu resolucion...

Antonieta se levantó sin contestar, y apoyándose en el brazo que le ofrecía Croix-Mesnil, se dirigió lentamente hácia la entrada del castillo.

El sol comenzaba á caer; ligera niebla se desprendia del rio. La fiesta alcanzaba su apogeo, y los desentonados acordes de una orquesta de saltimbanquis, dominando el rumor de una multitud alegre y bulliciosa, llegaban hasta la colina. Las detonaciones de los cohetes herian los oidos, y el resplandor de los fogonazos brillaba sobre el fondo azul del cielo que la noche comenzaba á oscurecer. El sonido de la campana de un barracon, donde se rifaban mil baratijas, llamaba á los curiosos, y espesa nube de polvo que levantaba el ganado, cuyos dueños lo recogian ya, cubria por completo el ferial.

—¡Cuánta alegría reina allá abajo!—dijo la señorita de Clairefont, señalando hácia la plaza de Neuville, donde una apiñada concurrencia se agitaba semejante á un hormiguero.

—Preciso es que hagamos lo que ellos. Nuestra tristeza no debe ser notada por nadie.

El marqués, en compañía de su cuñada, salió al encuentro de los dos jóvenes.

—¿Ya os habeis puesto de acuerdo, hijos mios? ¿Vencísteis todas las dificultades?—dijo el anciano con acento bondadoso.

—Si, papá,—replicó Antonieta.—Todo se arregló, y no debes preocuparte.

Dirigió al baron de Croix-Mesnil una tierna sonrisa, y apretándole la mano, se esforzaba por trasmitirle su resignacion.